

ACTO CATORCENO.

ARGUMENTO.

Está Melibea muy afligida hablando con Lucrecia sobre la tardanza de Calisto, el cual le había hecho voto de venir en aquella noche a visitalla, lo cual cumplió, y con él vinieron Sosia y Tristán; y después que cumplió su voluntad, volvieron todos á la posada, y Calisto se retrae á su palacio, y quéjase por haber estado tan poca cantidad de tiempo con Melibea, y ruega á Febo que cierre sus rayos, por (1) haber de restaurar su deseo.

MELIBEA, LUCRECIA, SOSIA, TRISTÁN, CALISTO.

MELIBEA.

Mucho se tarda aquel caballero que esperamos: ¿qué crees tú ó sospechas de su estada, Lucrecia?

LUCRECIA.

Señora, que tiene justo impedimento, y que no es en su mano venir mas presto.

MELIBEA.

Los ángeles sean en su guarda, su persona esté sin peligro, que su tardanza no me da pena. Mas, cuitada, pienso muchas cosas que desde su casa acá le podrían acaecer. ¿Quién sabe si él, con voluntad de venir al prometido plazo, en la forma que los tales mancebos á las tales horas suelen andar, fué topado de los alguaciles noturnos, y sin le conocer le han acometido, el cual por se defender los ofendió, ó es dellos ofendido? ¿O si por caso los ladradores perros con sus crueles dientes (que ninguna diferencia saben hacer, ni acatamiento de personas), le hayan mordido? ¿O si ha caído en alguna calzada ó hoyo, donde algun daño le viniese? Mas; oh mezquina de mí! ¿Qué son estos inconvenientes que el concebido amor me pone delante, y los atribulados imaginamientos me acarrearán? No plegue á Dios que ninguna cosa destas (2) sea, antes esté cuanto le placirá sin verme. Mas oye, oye; que pasos suenan en la calle, y aun parece que hablan destotra parte del huerto.

SOSIA.

Arrima esta escala (3), Tristán, que este es el mejor lugar, aunque alto.

TRISTÁN.

Sube, señor: yo iré contigo, porque no sabemos quién está dentro; hablando están.

CALISTO.

Quedaos, locos, que yo entraré solo, que á mi señora oigo.

MELIBEA.

Es tu sierva, es tu captiva, es la que mas tu vida que la suya estima. Oh mi señor! No saltes de tan alto, que me moriré en verlo; baja, baja poco á poco por la escalera (4), no vengas con tanta presura.

CALISTO.

Oh angelica Imágen! Oh preciosa perla, ante quien el mundo es feo! Oh mi señora y mi gloria! En mis brazos te tengo, ¡y no lo creo! Mora en mi persona tanta turbacion de placer, que me hace no sentir todo el gozo que poseo.

MELIBEA.

Señor mio, pues me fio (5) en tus manos, pues quise

(1) Para.

(2) Destas cosas.

(3) Esa escala.

(4) Esa escalera.

(5) Fío.

cumplir tu voluntad, no sea de peor condicion por ser piadosa que si fuera esquiva y sin misericordia; no quieras perderme por tan breve deleite y en tan poco espacio; las cosas mal hechas, después de cometidas, mas presto se pueden reprimir que enmendar. Goza de lo que yo gozo, que es ver y llegar á tu persona: no pidas ni tomes aquello que tomado no será en tu mano volver. Guarte, señor, de dañar lo que con todos los tesoros del mundo no se restaura (1).

CALISTO.

Señora, pues por conseguir esta merced toda mi vida he gastado, ¿qué sería cuando me la diesen desechalla? Ni tú, señora, me lo mandarás, ni yo lo podría acabar conmigo. No me pidas tal cobardía; no es hacer tal cosa de ninguno que hombre sea, mayormente amando como yo. Nadando por este piélago de mi deseo (2) toda mi vida, ¿no quieres que me arrime al dulce puerto á descansar de mis pasados trabajos?

MELIBEA.

Por mi vida, que aunque hable tu lengua cuanto quisiere, no obren las manos cuanto pueden. Está quedo, señor mio; bástete, pues ya soy tuya, gozar de lo esterior, desto que es propio fruto de amadores; no me quieras robar el mayor don que la natura me ha dado. Cata, que del buen pastor es propio tresquilar sus ovejas y ganado; pero no destruirlo y estragarlo.

CALISTO.

¿Para qué, señora? ¿Para que no esté queda mi pasión? ¿Para penar de nuevo? ¿Para tornar al juego de comienzo? Perdona, señora, á mis desvergonzadas manos, que jamás pensaron de tocar tu ropa con su indignidad y poco merecer; agora gozan de llegar á tu gentil cuerpo y lindas y delicadas carnes.

MELIBEA.

Apártate allá, Lucrecia.

CALISTO.

¿Por qué, mi señora? Bien me huelgo que estén semejantes testigos de mi gloria.

MELIBEA.

Yo no los quiero de mi yerro. Si pensara que tan desmesuradamente te habías de haber conmigo, no fiara mi persona de tu cruel conversacion.

SOSIA.

Tristán, bien oyes lo que pasa: en qué términos anda el negocio!

TRISTÁN.

Oigo tanto, que juzgo á mi amo por el mas bienaventurado hombre que nació; y por mi vida, que aunque soy muchacho, que diese tan buena cuenta como mi amo

SOSIA.

Para con tal joya quien quiera se ternia manos; pero

(1) Restaurará.

(2) Fuego de tu deseo.

con su pan se lo coma, que bien caro le cuesta: dos mozos entraron en la salsa destes amores.

TRISTÁN.

Ya los tiene olvidados. Dejaos morir sirviendo á ruines; haced locuras en la confianza de su defension. Viviendo con el conde, que no matase al hombre (1), me daba mi padre por consejo. Veslos á ellos alegres y abrazados, y sus servidores con harta mengua degollados.

MELIBEA.

Oh mi vida y mi señor! ¿Cómo has querido que pierda el nombre y corona de virgen por tan breve deleite? Oh pecadora de tí, mi madre! Si de tal caso fueses sabidora, ¿cómo tomarías de grado tu muerte, y me la darías (2) á mí por fuerza! ¿Cómo serías cruel verdugo de tu propia sangre! ¿Cómo sería yo fin quejoso de tus días! Oh mi padre honrado! ¿Cómo he dañado tu fama, y dado causa y lugar á quebrantar tu casa! Oh traidora de mí! ¿Cómo no miré primero el gran yerro que seguía (3) de tu entrada, el peligro que esperaba!

SOSIA.

Antes quisiera yo oírte esos milagros; todas sabeis esa oracion, después que no puede dejar de ser hecho, y el bobo de Calisto que se lo escucha.

CALISTO.

Ya quiere amanecer: ¿qué es esto? No parece que ha una hora que estamos aquí, y da el reloj las tres.

MELIBEA.

Señor, por Dios; pues ya todo queda por tí, pues ya soy tu dueño, pues ya no puedes negar mi amor, no me niegues tu vista; y las mas noches (4) que ordenares será tu venida por este secreto lugar á la mesma hora, porque siempre te espere apercebida del gozo con que quedo, esperando las venideras noches. Y por el presente vete con Dios, que no serás visto, que hace muy oscuro, ni yo en casa sentida, que aun no amanece.

CALISTO.

Mozos, poned la escala.

SOSIA.

Señor, vesla aquí, baja.

MELIBEA.

Lucrecia, vente acá, que estoy sola; aquel señor mio es ido; conmigo deja su corazon; consigo lleva el mio. ¿Hasnos oído?

LUCRECIA.

No, señora, que durmiendo he estado.

SOSIA.

Tristán, debemos ir callando (5), porque suelen levantarse á esta hora los ricos, los codiciosos de temporales bienes, los devotos de templos, monasterios (6), iglesias; los enamorados como nuestro amo, los trabajadores de los campos y labranzas, y los pastores que en este tiempo traen las ovejas á estos apriscos á ordeñar, y podría ser que cogiesen de pasada alguna razon, por do toda su honra y la de Melibea se turbase.

TRISTÁN.

Oh simple rasca-caballos! ¿dices que calleemos, y nombras su nombre della? Bueno eras para adalid, ó para regir gente en tierra de moros de noche: así que, prohibiendo, permites; encubriendo, descubres; asegurando, ofendes; callando, voceas y pregonas; preguntando, respondes. Pues tan sutil y discreto eres, ¿no me dirás en qué mes cae santa Maria de agosto? Porque sepamos si hay harta paja en casa que comas hogaño.

CALISTO.

Mis cuidados y los de vosotros no son todos unos. En-

(1) A hombre.

(2) Y la darías.

(3) Que se seguía.

(4) Mas las noches.

(5) Muy callando.

(6) Monasterios.

trad callando, no os sientan en casa; cerrad esa puerta, y vamos á reposar, que yo me quiero subir solo á mi cámara; yo me desarmaré, id vosotros á vuestras camas. Oh mezquino (1) de mí! Y cuánto me es agradable de mi natural la soledad (2) y silencio y escuridad! No sé si lo causa, que me vino á la memoria la traicion que hice en me despedir de aquella señora que tanto amo, hasta que mas fuera de día, ó el dolor de mi deshonra. Ay, ay! que esto es: esta herida es la que siento agora que se ha resfriado, agora que está helada la sangre que ayer hervia: agora que veo la mengua de mi casa; la falta de mi servicio, la perdicion de mi patrimonio, la infamia que tiene mi persona de la muerte que de mis criados se ha seguido. ¿Qué hice? ¿En qué me detuve? ¿Cómo me puedo sufrir (3), que no me muestro (4) luego presente, como hombre injuriado, vengador soberbio y acelerado de la manifesta injusticia que me fué hecha? Oh misera suavidad desta brevísima vida! ¿Quién es de tí tan codicioso, que no quiera mas morir luego que gozar un año de vida denostada y prorogarla con deshonra, corrompiendo la buena fama de los pasados? Y mayormente que no hay hora cierta ni limitada, ni aun un solo momento. Deudores somos sin tiempo, continuo estamos obligados á pagar luego. ¿Por qué no salí á inquirir siquiera la verdad de la secreta causa de mi manifesta perdicion? Oh breve deleite mundano! ¿Cómo duran poco y cuestan mucho tus dulzores! No se compra tan caro el arrepentir. Oh triste yo! ¿Cuándo se restaurará tan grande pérdida? ¿Qué haré? ¿qué consuelo (5) tomaré? A quién descubriré mi mengua? ¿Por qué lo celo á los otros miservidores y parientes? Tresquillame en concejo, y no lo saben en mi casa. Salir quiero; pero si salgo para decir que he estado presente, es tarde; si ausente, es temprano; y para proveer amigos y criados antiguos, parientes y allegados, es menester tiempo, y para buscar armas y otros aparejos de venganza. Oh cruel juez, cuán (6) mal pago me has dado del pan que de mi padre comiste! Yo pensaba que podía (7) con tu favor matar mil hombres sin temor de castigo. Inicio falsario, perseguidor de verdad, hombre de bajo suelo! Bien dirán por tí que te hizo alcalde mengua de hombres buenos. Miraras que tú y los que tú mataste, en servir á mis pasados y á mí, érades compañeros; mas cuando el vil está rico no tiene parientes ni amigos (8). ¿Quién pensara que tú me habías de destruir? No hay cierto cosa mas empecible que el incogitado enemigo. ¿Por qué quisiste que dijesen, del monte sale con que se arde, y que crié cuervo que me sacase el ojo? Tú eres público delincuente, y mataste á los que son privados; pues sabe (9) que menor delito es el privado que el público; menor su calidad, segun las leyes de Atenas disponen. Las cuales no son escritas con sangre; antes muestran que es menos yerro no condenar los malhechores, que punir los inocentes. Oh cuán peligroso es seguir justa causa delante injusto juez! Cuanto mas este exceso de mis criados que no carecía de culpa. Pues mira, si mal has hecho, que hay sindicado en el cielo y en la tierra: así que, á Dios y al rey serás reo, y á mí capital enemigo. ¿Qué pecó el uno por lo que hizo el otro, que por solo ser su compañero los mataste á entrambos? Pero ¿qué digo? ¿Con quién hablo? ¿Estoy en mi seso? ¿Qué es esto, Calisto, sueñas, duermes ó velas? Estás en pié ó acostado? Cata que estás en la cámara (10). ¿No ves que el ofendedor no está presente? ¿Con quién lo has? Torna en tí; mira que nunca los ausentes se ha-

(1) Yo! Guano.

(2) La soledad.

(3) Puede sufrir.

(4) Mostré.

(5) Consejo tomaré.

(6) Qué.

(7) Podría.

(8) Pariente ni amigo.

(9) Y pues sabes.

(10) En tu cámara.

llaron justos: oye á entrambas partes para sentenciar. ¿No ves tú que por ejecutar la justicia, no habia de mirar amistad, ni deudo, ni crianza? ¿No miras que la ley tiene de ser igual á todos? Mira que Rómulo, el primer cimentador de Roma, mató á su propio hermano, porque la ordenada ley traspasó. Mira á Torcuato romano, cómo mató á su hijo, porque escedió la tribúnica (1) constitucion; otros muchos hicieron lo mismo. Considera que si aquí presente él estuviese, respondiera, que hacientes y consencientes merecen igual pena, aunque á entrambos matase por lo que el uno solo pecó; y que si aceleró (2) en su muerte, que era crimen notorio, y no eran necesarias muchas pruebas, y que fueron tomados en el acto del (3) matar: que ya estaba el uno muerto de la caída que dió; y también se debe creer que aquella lloradera moza que Celestina tenia en su casa, le dió recia priesa con su triste llanto; y él por no hacer bullicion (4), por no me difamar, por no esperar á que la gente se levantase y oyese el pregon, del cual gran infamia se me seguia, los mandó justiciar tan de mañana; pues era forzoso el verdugo y voceador para la ejecucion y su descargo; lo cual todo, si así como creo es hecho, antes le quedé deudor y obligado para cuanto viva, no como á criado de mi padre, pero como á verdadero hermano. Y puesto caso que así no fuese, y puesto caso que no echase lo pasado á la mejor parte, acuérdate, Calisto, del gran gozo pasado; acuérdate de tu señora y tu bien todo. Y pues tu vida no tienes en nada (5) por su servicio, no has de tener las muertes de otros: pues ningun dolor igualará con el recibido placer. ¡Oh mi señora y mi vida! Que jamás pensé en tu ausencia ofenderte; que parece que tengo en poca estima la merced que me has hecho. No quiero pensar en enojo; no quiero tener (6) con la tristeza amistad. ¡Oh bien sin comparacion! ¡Oh insaciable contentamiento! ¿Y cuanto (7) pidiera yo mas á Dios por premio de mis méritos, si algunos son en esta vida, de lo que alcanzado tengo? ¿Por qué no estoy contento? Pues no es razon ser ingrato á quien tanto bien me ha dado, quiérollo conocer; no quiero con enojo perder mi seso, porque perdido no caiga de tan alta posesion. No quiero otra honra ni otra gloria; no otras riquezas, no otro padre ni madre, ni otros deudos ni parientes: de día estaré en mi cámara, de noche en aquel paraíso dulce, en aquel agradable verjel, entre aquellas suaves plantas y frescas verduras (8). ¡Oh noche de mi descanso, si fueses ya tornada! ¡Oh luciente Febo, date priesa á tu acostumbrado camino! ¡Oh deleitosas estrellas, apareceos ante de la continua (9) orden! ¡Oh espacioso reloj, aina te vea (10) yo arder en vivo fuego de amor! Si tú esperases lo que yo, cuando das doce, jamás estarias arrendado á la voluntad del maestro que te compuso. Pues vosotros, invernales meses que agora estais escondidos; ¡oh si viniédes con vuestras muy cumplidas noches á trocarlas por estos pro-

(1) Tribúnica.

(2) Se aceleró.

(3) De.

(4) Bullicio.

(5) Por ponerla por su servicio.

(6) Ya.

(7) Cuando.

(8) Fresca verdura.

(9) Continuada.

(10) Aun te vea.

lijos dias! Ya me parece haber un año que no vi (1) aquel suave descanso, aquel deleitoso refrigerio de mis trabajos. Pero ¿qué es lo que demando? ¿Qué pido, loco, sin sufrimiento? Lo que jamás fué, ni puede ser. No aprenden los cursos naturales á rodearse sin orden, que á todos es un igual curso, á todos un mesmo espacio para muerte y vida, un limitado término: á los secretos movimientos del alto firmamento celestial de los planetas y norte, y de los crecimientos y mengua de la menstua luna: todo se rige con un freno igual, todo se mueve con igual espuela: cielo, tierra, mar, fuego, viento, calor, frio. ¿Qué me aprovecha á mí que dé doce horas el reloj de hierro, si no las ha dado el del cielo? Pues por mucho que madrugue, no amanescé mas aina. Pero tú, dulce imaginacion, tú que puedes, me acorre, trae á mi fantasia la presencia angélica de aquella imágen luciente. Vuelve á mis oídos el suave son de sus palabras: aquellos desvíos sin gana; aquel apártate allá, señor, no llegues á mí; aquel no seas descortés, que con sus rubicundos labrios veía sonar (2); aquel no quieras mi perdicion, que de rato en rato proponia; aquellos amorosos abrazos entre palabra y palabra; aquel soltarme y prenderme; aquel huir y allegarse (3); aquellos azucarados besos; aquella final salutacion con que se me despidió: ¡con cuánta pena salió por su boca! con cuántos desperpezos, con cuántas lágrimas, que parecian granos de aljófara, que sin sentir se le caian de aquellos claros y resplandecientes ojos!

SOSIA.

Tristán, ¿qué te parece de Calisto, qué dormir ha hecho? Que ya son las cuatro de la tarde, y no nos ha llamado, ni ha comido.

TRISTÁN.

Calla, que el dormir no quiere priesa: demás desto aquí jale por una parte la tristeza de aquellos mozos, por otra le alegra el muy gran placer de lo que con su Melibea (4) ha alcanzado. Así que, dos tan recios contrarios, verás qué tal paran (5) un flaco sujeto do estuvieren aposentados.

SOSIA.

¿Piénsaste tú que le penan á él mucho los muertos? Si no le penase mas á aquella que desde esta ventana veo yo ir por la calle, no llevaria las tocas de tal color.

TRISTÁN.

¿Quién es, hermano?

SOSIA.

Allégate acá, y verla has antes que trasponga: mira aquella lutosa que se limpia las lágrimas de los ojos; aquella es Elicia, criada de Celestina y amiga de Sempronio: una muy bonita moza, aunque queda ahora perdida la pectoradora, porque tenia á Celestina por madre, y á Sempronio por el principal de sus amigos; y aquella casa donde entra, allí mora una hermosa mujer, muy graciosa y fresca, enamorada, medio ramera (6), y llámase Areusa; por la cual sé yo que hubo el triste Parmeno mas de tres noches malas, y aun que no le place á ella su (7) muerte.

(1) He visto.

(2) Labrios vía sonar.

(3) Llegarse.

(4) Con Melibea.

(5) Pararán.

(6) Pero no se tiene por poco dichoso quien la alcanza por amiga sin grande escote, y llámase, etc.

(7) Con su.

ACTO QUINCENO.

ARGUMENTO.

Areusa dice palabras injuriosas á un rufián llamado Centurio, el cual se despide della por la venida de Elicia, la cual cuenta á Areusa las muertes que sobre los amores de Calisto y Melibea se habian ordenado; y conciertan Areusa y Elicia que Centurio haya de vengar la muerte (1) de los tres en los dos enamorados. En fin, despídese Elicia de Areusa, no consintiendo en lo que le ruega, por no perder el buen tiempo que se daba, estando en su casa (2).

ELICIA, AREUSA, CENTURIO.

ELICIA.

¿Qué vocar es este de mi prima? Si ha sabido las tristes nuevas que yo le traigo, no habrá yo las albricias del dolor que por tal mensaje se ganan. Llore, llore, vierta lágrimas, pues no se hallan tales hombres á cada rincón: pláceme que así lo siente; mese aquellos cabellos, como yo triste he hecho; con señor que no lo merecias descalzar; agora una cosa que te pido que por mí hagas, pones (5) mil achaques.

AREUSA.

Vete de mi casa, rufián, bellaco, mentiroso, burlador, que me traes engañada, boba con tus ofertas vanas; con tus ronces y halagos hasme robado cuanto tengo. Yo te di, bellaco, sayo y capa, espada y broquel, camisas de dos en dos, á las mil maravillas labradas; yo te di armas y caballo; púsete con señor que no lo merecias descalzar; agora una cosa que te pido que por mí hagas, pones (5) mil achaques.

CENTURIO.

Hermana mia, mándame tú matar con diez hombres por tu servicio, y no que ande una legua de camino á pie.

AREUSA.

¿Por qué jugaste el caballo, tahir, bellaco? Que si por mí no fuera (4), estarias tú ya ahorcado. Tres veces te he librado de la justicia; cuatro veces desempeñado en los tableros: ¿por qué lo hago? por qué soy loca? por qué tengo yo fe con este cobarde? por qué creo sus mentiras? por qué le consiento entrar por mis puertas? que tiene bueno? Los cabellos crespos, la cara acuchillada, dos veces azotado, manco de la mano de la espada, treinta mujeres á la (5) puteria. Salte luego de ahí; no te vea yo mas; no me hables; no digas (6) que me conoces, si no, por los huesos del padre que me hizo y de la madre que me parió, yo te haga dar dos mil palos en esas espaldas de molinero, que ya sabes que tengo quien lo sepa hacer, y salirse con ello (7).

CENTURIO.

Loquear, bobilla; pues si yo me ensaño, alguna llorará; mas quiero irme y sufrirte, que no sé quién entra, no nos oigan.

ELICIA.

Quiero entrar, que no es son de buen llanto, donde hay amenazas y denuestos.

AREUSA.

¡Ay triste yo! ¿Eres tú, mi Elicia? Jesú, Jesú, no lo puedo

(1) Las muertes.

(2) Asuela casa.

(3) Pónesme.

(4) Hubiese sido.

(5) En la.

(6) Ni digas.

(7) Y hecho salirse con ello.

creer: ¿qué es esto? ¿Quién te me cubrió de dolor? ¿Qué manto de tristeza es este? Cata, que me espantas, hermana mia. Dime presto qué cosa es, que estoy sin tiento, ninguna gota de sangre me has dejado en mi cuerpo.

ELICIA.

¡Gran dolor, gran pérdida! Poco es lo que nuestro con lo que siento y encubro; mas negro traigo el corazón que el manto, mas negras las entrañas (1) que la toca. ¡Ay hermana, hermana, que no puedo hablar! No puedo de ronca sacar la voz del pecho.

AREUSA.

¡Ay triste! ¿qué me tienes suspensa? Dimelo, no te meses, no te rasguñes ni maltrates. ¿Es comun de entrambas este mal? ¿Tócame á mí?

ELICIA.

¡Ay prima mia y mi amor! Sempronio y Parmeno ya no viven, ya no son en el mundo: sus ánimas ya están purgando su yerro; ya son libres desta triste vida.

AREUSA.

¿Qué me cuentas? No me lo digas; calla por Dios, que me caeré muerta.

ELICIA.

Pues mas mal hay que suena; oye á la triste, que te contará mas quejas. Celestina, aquella que tú bien conociste, aquella que yo tenia por madre, aquella que me regalaba, aquella que me encubria, aquella con quien yo me honraba entre mis iguales, aquella por quien yo era conocida en toda la ciudad y arrabales, ya está dando cuenta de sus obras. Mil cuchilladas le vi dar á mis ojos: en mi regazo me la mataron.

AREUSA.

¡Oh fuerte tribulacion! ¡Oh dolorosas nuevas, dignas de mortal lloro! ¡Oh acelerados desastres! ¡Oh pérdida incurable! ¿Cómo ha rodeado tan presto la fortuna su rueda? ¿Quién los mató? ¿Cómo murieron? Que estoy embelesada, sin tiento, como quien cosa imposible oye; no ha ocho dias que los vi vivos, y ya podemos decir, perdónelos Dios. Cuéntame, amiga mia, cómo es acaescido tan cruel y desastrado caso.

ELICIA.

Tú lo sabrás. Ya oiste decir, hermana, los amores de Calisto y la loca de Melibea. Bien verias cómo Celestina habia tomado el cargo, por intercesion de Sempronio, de ser medianera, pagándole su trabajo; la cual puso tanta diligencia y solicitud, que á la segunda azadonada sacó agua. Pues como Calisto tan presto vido buen concierto en cosa que jamás lo esperaba, á vueltas de otras cosas, dió á la desdichada de mi tia una cadena de oro; y como sea de tal calidad aquel metal, que mientras mas bebemos dello, mas sed nos pone, con sacrilega hambre, cuando se vido tan rica, alzóse con su ganancia, y no quiso dar parte á Sempronio ni á Parmeno dello; lo cual habia

(1) Las entrañas mas negras.

quedado entre ellos que partiesen lo que Calisto diese. Pues como ellos viniesen cansados una mañana de acompañar á su amo toda la noche, muy airados de no sé qué cuestiones que dicen que habían habido, pidieron su parte á Celestina de la cadena para remediarse; ella púsose en negarles la convención (1) y promesa, y en decir que todo era suyo lo ganado, y aun descubriendo otras cosillas de secretos; que, como dicen: *riñen las comadres, porque dicen las verdades*. Así que, ellos muy enojados, por una parte los aquejaba la necesidad, que priva todo amor; por otra el enojo grande y cansancio que traían, que acarrea alteracion; por otra veían la fe quebrada de su mayor esperanza, y no sabían qué hacer. Estuvieron gran rato en palabras: al fin viéndola tan codiciosa, perseverando en su negar, echaron mano á sus espadas, y diéronla mil cuchilladas.

AREUSA.

¡Oh desdichada de mujer! En esto había su vejez de fenecer. ¿Y dellos qué me dices? ¿En qué pararon?

ELICIA.

Ellos como hubieron hecho el delito, por huir de la justicia, que caso (2) pasaba por allí, saltaron de las ventanas, y casi muertos los prendieron, y sin mas dilacion los degollaron.

AREUSA.

¡Oh mi Parmeno y mi amor! ¡Y cuánto dolor me pone tu muerte! Pésame del gran amor que con él en tan poco tiempo había puesto; pues no me había mas de durar. Pero pues ya este mal recaudo es hecho; pues ya esta desdicha es acaescida; pues ya no se pueden por lágrimas comprar ni restaurar sus vidas, no te fatigues tanto (3), que cegarás llorando, que creo que poca ventaja me llevas en sentimiento, y verás (4) con cuánta paciencia lo sufro y paso.

ELICIA.

¡Ay, que rabio! ¡Ay mezquina, que salgo de seso! ¡Ay, que no hallo quien lo sienta como yo! No hay quien pierda lo que yo pierdo. ¡Oh cuánto mejores y mas honestas fueran mis lágrimas en pasion ajena, que en la propia mía! ¿Adónde iré, que pierdo madre, manto y abrigo; pierdo amigo, y tal que nunca faltaba de mi marido? ¡Oh Celestina sabia, honrada y autorizada! cuántas faltas me encubrias con tu buen saber! Tú trabajabas, yo holgaba; tú salías fuera, yo estaba encerrada; tú rota, yo vestida; tú entrabas (5) como abeja por casa, yo destruía, que otra cosa no sabia hacer. ¡Oh bien y gozo mundano, que mientras eres poseído eres menospreciado, y jamás te consientes conocer hasta que te perdemos! ¡Oh Calisto y Melibea, causadores de tantas muertes! Mal fin hayan vuestros amores; en mal sabor se conviertan vuestros dulces placeres. Tórnese lloro vuestra gloria, trabajo vuestro descanso; las yerbas deleitosas, donde tomáis los hurtados solaces, se conviertan en culebras; los cantares se vos tornen lloros; los sombrosos árboles del huerto se sequen con vuestra vista, sus flores olorosas se tornen de negra color.

AREUSA.

Calla, por Dios, hermana, pon silencio á tus quejas, ataja tus lágrimas, limpia tus ojos, torna sobre tu vida, que cuando una puerta se cierra, otra suele abrir la fortuna; y este mal, aunque duro, se soldará, y muchas cosas se pueden vengar que es imposible remediar, y esta tiene el remedio dudoso y la venganza en la mano.

ELICIA.

¿De quién se ha de haber enmienda, que la muerta (6)

- (1) Convención, Plantino.
- (2) Acaso.
- (3) Tú tanto.
- (4) Yes.
- (5) Continuo.
- (6) Muerte.

y los matadores me han acarreado esta cuita? No menos me fatiga la punición de los delincuentes, que el yerro cometido. ¿Qué mandas que haga, que todo carga sobre mí? ¡Pluguiera á Dios que fuera yo con ellos, y no quedara para llorar á todos! Y de lo que mas dolor siento es ver que por eso no deja aquel vil de poco sentimiento de ver y visitar, festejando cada noche á su estiércol de Melibea, y ella muy ufana en ver sangre vertida por su servicio.

AREUSA.

Si esto (1) es verdad, ¿de quién mejor se puede tomar venganza? De manera que quien lo comió, aquel lo escote. Déjame tú, que si yo les caigo en el rastro, cuándo se ven, cómo y por donde, y á qué hora, no me hayas tú por hija de la pastelera vieja, que bien conociste, si no hago que les amarguen los amores. Y si pongo en ello aquel con quien me viste que reñía (2), cuando entrabas, si no sea él peor verdugo para Calisto, que Sempronio de Celestina. Pues ¡qué gozo habría ahora él, en que le pusiese yo en algo por mi servicio, que se fué muy triste de verme que le traté mal! Y vería él los (3) cielos abiertos en tornalle yo á hablar y mandar. Por ende, hermana, dime tú de quién puedo yo (4) saber el negocio cómo pasa, que yo le haré armar un lazo con que Melibea lllore cuanto agora goza.

ELICIA.

Yo conozco, amiga, otro compañero de Parmeno, mozo de caballos, que se llama Sosia, que le acompaña cada noche; quiero trabajar de le sacar (5) todo el secreto, y este será buen camino para lo que dices.

AREUSA.

Mas hazme placer, que me envíes acá este (6) Sosia: yo (7) hablaré y diré mil lisonjas y ofrescimientos hasta que no le deje en el cuerpo cosa hecha (8) y por hacer; despues á él y á su amo haré revesar el placer comido. Y tú, Elicia, alma mía, no rescibas pena, pasa á mi casa tus ropas y alhajas, y vente á (9) mi compañía, que estaras allí mucho sola, y la tristeza es amiga de la soledad. Con nuevo amor olvidarás los viejos. Un hijo que nasce restaura la falta de tres finados; con nuevo sucesor se cobra alegre memoria, y placeres perdidos del pasado tiempo. De un pan que yo tenga ternás tú la mitad. Mas lástima tengo de tu fatiga, que de los que te la ponen. Verdad sea, que cierto duele mas la pérdida de lo que hombre tiene, que da placer la esperanza de otra (10) tal, aunque sea cierta (11). Pero ya lo hecho es sin remedio, y los muertos irrecuperables, y como dicen: *mueran y vivamos*. A los vivos me deja á cargo, que yo te les daré tan amargo jarope á beber, cual (12) ellos á ti han dado. ¡Ay prima! ¡Cómo sé yo, cuando me ensaño, revolver estas tramas aunque soy moza! Y de al me vengue Dios, que de Calisto Centurio me vengara.

ELICIA.

Cata, que creo que aunque llame al que mandas, no habrá efecto lo que quieres; porque la pena de los que murieron por descubrir el secreto, porná silencio al vivo para guardarle. Lo que me dices de mi venida á tu casa te agradezco mucho, y Dios te ampare y alegre en tus necesidades, que bien muestras el parentesco y hermandad no servir de viento, antes en las adversidades aprovechar; pero aunque lo quiera hacer por gozar de tu dulce compañía, no podrá ser por el daño que me vernia. La causa no

- (1) Eso.
- (2) Me viste reñir.
- (3) Y veria los.
- (4) Pueda yo.
- (5) Sosacar.
- (6) Ese.
- (7) Le.
- (8) De lo hecho y.
- (9) En.
- (10) Otro.
- (11) Cierto.
- (12) Que ellos.

es necesario decir, pues hablo con quien me entiende; que allí, hermana, soy conocida (1). Jamás perderá aquella casa el nombre de Celestina, que Dios haya; siempre acuden allí mozas conocidas y allegadas, medio parientas de las que ella crió: allí hacen sus conciertos, de donde se me asegura (2) algun provecho (3), y también

(1) Allí estoy aperrochada.

(2) Se me asegura.

(3) Algun provechuelo.

esos pocos amigos que me quedan no me saben otra morada; pues ya sabes cuán duro es dejar lo usado, y que mudar costumbre es á par de muerte, y *pedra movediza que nunca moho la cobija*. Allí quiero estar, siquiera porque el alquiler de la casa, que está pagado por hogaño, no se vaya en balde: así que, aunque cada cosa no bastase por sí, juntas aprovechan y ayudan. Ya parece que es hora de irme; de lo dicho me llevo el cargo. Dios quede contigo, que me voy.

ACTO DECIMOSESTO.

ARGUMENTO.

Pensando Pleberio y Alisa tener su hija Melibea el don de la virginidad conservado, lo cual, segun ha parecido, está en contrario, están razonando sobre el casamiento de Melibea; y en tan grande cantidad le dan pena las palabras que de sus padres oye, que envia á Lucrecia para que sea causa de su silencio en aquel propósito.

PLEBERIO, ALISA, LUCRECIA, MELIBEA.

PLEBERIO.

Alisa, amiga mía (1), el tiempo, segun me parece, se nos va, como dicen, de entre las manos; corren los dias como el agua del rio (2); no hay cosa tan lijera para huir como la vida; la muerte nos sigue y rodea, de la cual somos vecinos, y acia su bandera nos acostamos segun natura. Esto vemos muy claro, si miramos (3) nuestros hermanos y parientes en derredor: todos los come ya la tierra, todos están en sus perpetuas moradas. Y pues somos inciertos cuándo habemos de ser llamados, viendo tan ciertas señales, debemos echar nuestras barbas en remojo, y aparejar nuestros fardelos para andar este forzoso camino; no nos tome de improviso ni de salto aquella cruel voz de la muerte. Ordenemos nuestras ánimas con tiempo, que mas vale prevenir que ser prevenidos: demos nuestra hacienda á dulce sucesor, acompañemos nuestra única hija con marido, cual nuestro estado requiere, porque vamos descansados y sin dolor deste mundo. Lo cual con mucha diligencia debemos poner desde agora por obra, y lo que otras veces habemos principiado en este caso, agora haya ejecucion; no quede por nuestra negligencia nuestra hija en manos de tutores, pues pareceria (4) ya mejor en su propia casa que en la nuestra. Quitarla hemos de lenguas del vulgo, porque ninguna virtud hay tan perfecta que no tenga vituperadores y maldicientes. No hay cosas (5) con que mejor se conserve la limpia fama en las virgines, que con temprano casamiento. ¿Quién rehuirá nuestro parentesco en toda la ciudad? ¿Quién no se hallará gozoso de tomar tal joya en su compañía? En quien caben las cuatro principales cosas, que en los casamientos se demandan, conviene á saber: lo primero, discrecion, honestidad y virginidad; lo segundo, hermosura; lo tercero, el alto origen y parientes; lo final, riqueza. De todo esto la dotó natura: cualquiera cosa que nos pidan hallarán bien cumplida.

ALISA.

Dios la conserve, mi señor Pleberio, porque nuestros deseos veamos cumplidos en nuestra vida, que antes

- (1) Mujer y consorte mía.
- (2) Agua de rio.
- (3) Nuestros iguales.
- (4) Pareciera.
- (5) Cosa.

pienso que faltará igual á nuestra hija, segun su virtud y su noble (1) sangre, que no sobrarán muchos que la merezcan. Pero como esto sea oficio de los padres, y muy ajeno á las mujeres, como tú lo ordenares, seré yo alegre, nuestra hija obedecerá, segun su casto vivir, y honesta vida y humildad.

LUCRECIA.

(Aun si bien lo supieses, reventarias; ya (2) perdido es lo mejor; mal año se os apareja á la vejez; lo mejor Calisto se lo lleva (3). No hay quien ponga virgos, que ya es muerta Celestina: tarde acordáis; y mas habiades de madrugara.) Escucha, escucha, escucha, señora Melibea.

MELIBEA.

¿Qué haces ahí escondida, loca?

LUCRECIA.

Llégate aquí, señora, oírás á tus padres la priesa que traen por te casar.

MELIBEA.

Calla, por Dios, que te oirán: déjalos hablar, déjalos devaneen, un mes ha que otra (4) no hacen, ni en otra cosa entienden. No parece sino que les dice el corazon el gran amor (5) que á Calisto tengo, y todo lo que con él un mes ha he pasado; no sé si me han sentido; no sé qué se sea aquejarles mas agora este cuidado que nunca. Pues ¿mándoles yo trabajar en vano? Que por demás es la citola en el molino. ¿Quién es el que me ha de quitar mi gloria? ¿quién apartar (6) mis placeres? Calisto es mi ánima, mi vida, mi señor, en quien yo tengo toda mi esperanza: conozco dél que no vivo engañada. Pues él me ama; ¿con qué otra cosa le puedo pagar? Todas las deudas del mundo resciben recompensacion en diverso género: el amor no admite sino solo amor por paga. En pensar en él me alegro; en verlo me gozo; en oirlo me glorifico. Haga y ordene de mí á su voluntad. Si pasar quisiera la mar, con el iré; si rodear el mundo, lléveme consigo; si venderme en tierra de enemigos, no rehuiré su querer. Déjenme mis padres gozar dél, si ellos quieren gozar de mí; no piensen en estas vanidades ni en estos casamientos, que mas vale ser buena amiga que mala casada. Déjenme

- (1) Tu noble.
- (2) Ya, ya.
- (3) Llevó.
- (4) Cosa.
- (5) El amor.
- (6) Apartarme de.

gozar mi mocedad alegre, si quieren gozar su vejez cansada; si no, presto podrán aparejar mi perdición y su sepultura. No tengo otra lástima, sino por el tiempo que perdi de no gozarlo, de no conocerlo, después que á mí me sé conocer. No quiero marido: no quiero ensuciar los nudos del matrimonio, ni las maritales pisadas de ajeno hombre repisar, como muchas hallo (en los antiguos libros que lei) que hicieron, mas discretas que yo, mas subidas en estado y linaje; las cuales algunas eran de la gentilidad tenidas por diosas, así como Venus, madre de Enéas y de Cupido, el dios de amor, que siendo casada corrompió la prometida fe marital; y aun otras de mayores fuegos encendidas, cometieron nefarios y incestuosos yerros, como Mirra con su padre, Semiramis con su hijo, Canace con su hermano, y aun aquella forzada Tamar, hija del rey David. Otras aun mas cruelmente traspasaron las leyes de natura, como Pasífae, mujer del rey Minos, con el toro. Pues reinas eran y grandes señoras, debajo cuyas culpas la razonable mia podría (1) pasar sin denuesto. Mi amor fué con justa causa; querida y rogada, captivada de su merescimiento, aquejada por tan astuta maestra como Celestina, servida de muy peligrosas visitaciones, antes que concediese por entero en su amor; y después un mes ha, como has visto, que jamás noche no ha faltado sin ser nuestro huerto escalado como fortaleza, y muchas haber venido en balde, y por eso no me mostrar mas pena ni trabajos (2); muertos por mí sus servidores; perdiéndose su hacienda; fingiendo ausencia con todos los de la ciudad; todos los días encerrado en casa con esperanza de ver (3) la noche. Afuera, afuera la ingratitud, afuera las lisonjas y el engaño con tan verdadero amorador, que ni quiero marido, ni quiero padres ni parientes. Faltándome

- (1) Podrá.
(2) Trabajo.
(3) Verme á.

ACTO DECIMOSÉTIMO.

ARGUMENTO.

Elicia (1) determina de despedir el pesar y luto que por causa de los muertos trae, alabando el consejo de Areusa en este propósito; la cual va á casa de Areusa, donde viene Sosia, al cual Areusa con palabras fictas saca todo el secreto que está entre Calisto y Melibea.

ELICIA, AREUSA, SOSIA.

ELICIA.

Mal me va con este luto, poco se visita mi casa, poco se pasea mi calle, ya no veo las músicas de la alborada, ya no las canciones de mis amigos, ya no las cuchilladas ni ruidos de noche por mi causa; y lo que peor siento, que ni blanca ni presente veo entrar por mi puerta. De todo esto me tengo yo la culpa, que si tomara el consejo de aquella que bien me quiere, de aquella verdadera hermana, cuando le (2) llevé las nuevas deste triste negocio, que esta mi mengua ha acarreado, no me viera agora entre dos paredes sola, que de asco no hay quien me vea. El diablo me da tener dolor por quien no sé si yo muerta le (3) tuviera. A osadas que me dijo ella á mí lo cierto: nunca, hermana, traigas ni muestras mas pena por el mal ni muerte de otro, que él hiciera por tí. Sempronio

- (1) Careciendo de la castimonia de Penélope.
(2) El otro día le.
(3) Lo.

Calisto, me falta la vida, la cual, porque él de mí goce, me aplace.

LUCRECIA.

Calla, señora, escucha, que todavía perseveran.

PLEBERIO.

Pues ¿qué te parece, señora mujer, debemos hablarlo á nuestra hija? ¿Debemos darle parte de tantos como me la piden, para que de su voluntad venga, para que diga aquel (1) le agrada? Pues en esto las leyes dan libertad á los hombres y mujeres, aunque estén so el paterno poder, para elegir.

ALISA.

¿Qué dices? ¿En qué gastas tiempo? ¿Quién ha de irle con tan gran novedad á nuestra hija Melibea, que no la espante? Cómo, ¿piensas que sabe ella qué cosa sean hombres? ¿Si se casan, ó qué es casar? ¿O que del ayuntamiento de marido y mujer se procrean los hijos? ¿Piensas que su virginidad simple le acarrea torpe deseo de lo que no conoce ni ha entendido jamás? ¿Piensas que sabe errar aun con el pensamiento? No lo creas, señor Pleberio, que si alto ó bajo de sangre, ó feo ó gentil de gesto le mandarás (2) tomar, aquello será su placer, aquello habrá por bueno; que yo sé bien lo que tengo criado en mi guardada hija.

MELIBEA.

Lucrecia, Lucrecia, corre presto, entra por el postigo en la sala y estórbales su habla, interrúmpelos sus alabanzas con algun fingido mensaje, si no quieres que vaya yo dando voces como loca, segun estoy enojada del concepto engañoso que tienen de mi ignorancia.

LUCRECIA.

Ya voy, señora.

- (1) Cual.
(2) Mandaremos.

holgara yo muerta; pues ¿por qué, loca, me peno yo por él degollado? Y ¿qué sé si me matara á mí (como era acelerado y loco), como hizo á aquella vieja que tenia yo por madre? Quiero en todo seguir su consejo de Areusa, que sabe mas del mundo que yo, y verla muchas veces, y traer materia como viva. ¡Oh qué participacion tan suave, qué conversacion tan gozosa y dulce! No en balde se dice, que vale mas un día del hombre discreto, que toda la vida del necio simple. Quiero pues quitar (1) el luto, dejar la tristeza, despedir las lágrimas, que tan aparejadas han estado á salir. Pero como sea el primer oficio que en nasciendo hacemos llorar, no me maravillo ser el mas lijero de començar, y dejar (2) mas duro; mas para esto es el buen seso, viendo la pérdida al ojo, viendo que los atavios hacen la mujer hermosa, aunque no lo sea; tornan de vieja moza, y la (3) moza mas. No es otra

- (1) Deponer.
(2) De dejar.
(3) A la.

cosa la color y albayalde sino (1) pegajosa liga en que se traban los hombres. Ande pues mi espejo y alcohol, que tengo dañados estos ojos; anden mis tocas blancas, mis gorgueras labradas, mis ropas de placer. Quiero aderezar lejía para estos cabellos, que perdian ya la rubia color; y esto hecho contaré mis gallinas, haré mi cama, porque la limpieza alegra el corazon; barreré mi puerta y regaré la calle, porque los que pasaren vean que es ya desterrado el dolor. Mas primero quiero ir á visitar á mi prima por preguntarle si ha ido allá Sosia, y lo que con él ha pasado; que no lo (2) he visto después que le dije cómo le queria hablar Areusa. Quiera Dios que la hallase (3) sola, que jamás está desacompañada de galanes, como buena taberna de borrachos. Cerrada está la puerta, no debe estar allá hombre, quiero llamar. Ta, ta.

AREUSA.

¿Quién es?

ELICIA.

Abre (4), amiga; Elicia soy.

AREUSA.

Entra, hermana mia; véate Dios, que tanto placer me haces en venir como vienes, mudado el hábito de tristeza. Agora nos gozaremos juntas; agora te visitaré; vernos hemos en mi casa y en la tuya; quizá por bien fué para entrambas la muerte de Celestina, que yo ya siento la mejoría mas que antes. Por esto se dice, que los muertos abren los ojos de los que viven, á unos con haciendas, á otros con libertad, como á tí.

ELICIA.

A tu puerta llaman; poco espacio nos dan para hablar, que te queria preguntar si habia venido acá Sosia.

AREUSA.

No ha venido: después hablaremos. ¿Qué porradas que dan! Quiero ir á abrir; que ó es loco, ó privado. ¿Quién llama?

SOSIA.

Abreme, señora (5): Sosia soy, criado de Calisto.

AREUSA.

Por los santos de Dios, el lobo es en la conseja: escóndete, hermana, tras ese paramento, y verás cuál te lo paro lleno de viento de lisonjas, que piense cuando se parta de mí que él es y otro no, y sacarle he lo suyo y lo ajeno del buche con halagos, como él saca el polvo (6) á los caballos. ¿Es mi Sosia, mi secreto amigo? el que yo me quiero bien sin que él lo sepa? el que deseo conocer por su buena fama? el fiel á su amo? el buen amigo á sus (7) compañeros? Abrazarte quiero, amor, que agora que te veo creo que hay mas virtudes en tí que todos me decian. Anda acá, entremos á sentarnos, que me gozo en mirarte, que me representas la figura del desdichado de Parmeno. Con esto hace hoy tan claro día que habias tú de venir á verme. Dime, señor, ¿conociasme antes de agora?

SOSIA.

Señora, la fama de tu gentileza, de tus gracias y saber vuela tan alto por esta ciudad, que no debes tener en mucho ser de mas conocida que conociente; porque ninguno habla en loor de hermosura (8) que primero no se acuerde de tí que de cuantas son.

ELICIA.

¡Oh hídputa el pelon (9), y cómo se desasna! Quien lo ve ir al agua con sus caballos en cerro y sus piernas de

- (1) Una.
(2) La.
(3) Halle.
(4) Abreme.
(5) Abre, mi señora.
(6) Con la almohaza.
(7) De sus.
(8) Hermosas.
(9) Breton.

T. III.

fuera, en sayo, y agora en verse medrado con calzas y capa, sálenle alas y lengua.)

AREUSA.

Yo (1) me correria con tal razon si alguno estuviere delante en (2) oírte tanta burla como de mí haces; pero como todos los hombres traigais proveidas esas razones, esas engañosas alabanzas, tan comunes para todas, hechas del (3) molde, no me quiero de tí espantar. Pero hágote cierto, Sosia, que no tienes dellas necesidad (4); sin que me ganes de nuevo me tienes ganada. Para lo que te envié á rogar que me vieses son dos cosas, las cuales si mas lisonja ó engaño en tí conozco, te dejaré de decir aunque sea de tu provecho.

SOSIA.

Señora mia, no quiera Dios que yo te haga cautela: muy seguro venia de la gran merced que me piensas hacer y haces; no me sentia digno para descalzarte. Guía tú mi lengua, responde por mí á tus razones, que todo lo habré por rato y firme.

AREUSA.

Amor mio, ya sabes cuánto quise á Parmeno, y como dicen: *quien bien quiere á Beltran*, etc. A todas sus cosas amo, todos sus amigos me agradan (5), el buen servicio de su amo como á él mismo me placia; donde via su daño de Calisto, le apartaba. Pues como esto así sea, acordé de decirte, lo uno (6), conozcas el amor que te tengo, y cuánto contigo y tu (7) visitacion siempre me alegrarás, y que en esto no perderás nada, si yo pudiere, antes te verná provecho; lo otro (8) y segundo, que pues yo pongo mis ojos en tí, y mi amor y querer, avísote que te guardes de peligros, y mas de descubrir tu secreto á ninguno, pues ves cuánto daño vino á Parmeno y á Sempronio de lo que supo Celestina; porque no querria verte morir mal logrado como á tu compañero; harto me basta haber llorado al uno. Porque has de saber que vino á mí una persona, y me dijo que le habias descubierto los amores de Calisto y Melibea, y cómo la habia alcanzado, y cómo ibas cada noche á le acompañar, y otras muchas cosas que no sabria relatar. Cata, amigo, que no guardar secreto es propio de las mujeres; no de todas, sino de las bajas y de los niños. Cata, que te puede venir gran daño; que para esto te dió Dios dos oídos y dos ojos, y no mas de una lengua; porque sea doblado lo que vieres y oyeres, que no el hablar. Cata no confies que tu amigo te ha de tener secreto de lo que le dijeres, pues tú no lo sabes á tí mismo tener. Cuando hubieres de ir con tu amo Calisto á casa de aquella señora no hagas bullicio, no te sienta la tierra, que otros me dijeron que ibas cada noche dando voces como loco de placer.

SOSIA.

¡Oh cómo son sin tiento y personas desacordadas las que tales nuevas, señora, te acarrear! Quién te dijo que de mi boca lo habia oído, no dijo (9) verdad. Los otros de verme ir con la luna de noche á dar agua á mis caballos, holgando y habiendo placer, diciendo cantares por olvidar el trabajo y desechar enojo (10), y esto antes de las diez, sospechan mal, y de la sospecha hacen certidumbre, afirman lo que barruntan. Si, que no estaba Calisto loco, que á tal hora habia de ir á negocio de tanta afrenta: sino esperar (11) que repóse la gente, que descansen todos en el dulzor del primer sueño; ni menos habia de ir cada noche, que aquel oficio no sufre cotidiana visitacion. Y si

- (1) Ya.
(2) El oírte.
(3) De.
(4) Sin que me alabes te amo, y sin.
(5) Agradaban.
(6) Que.
(7) Con tu.
(8) Otro.
(9) Dice.
(10) El enojo.
(11) Espera. Sin esperar.

5

mas clara quieres, señora, ver su falsedad, como dicen, que toman antes al mentiroso que al que coxquea (1), en un mes no habemos ido ocho veces; ¡y dicen los falsarios revolvedores que cada noche!

AREUSA.

Pues por mi vida, amor mio, porque yo los lo acuse (2) y tome en el lazo del falso testimonio, me dejes en la memoria los dias que habeis concertado de salir; y si yerran, estaré segura de tu secreto, y cierta de su levantar. Porque no siendo su mensaje verdadero, será tu persona segura de peligro, y yo sin sobresalto de tu vida; pues tengo esperanza de gozarme contigo largo tiempo.

SOSIA.

Señora, no alarguemos los testigos: para esta noche en dando el reloj las doce está hecho el concierto de su visitacion por el buerto. Mañana preguntará lo que han sabido, de lo cual si alguno te diere señas, que me trasquilen (3) á cruces.

AREUSA.

¿Y por qué parte, alma mia, porque mejor los pueda contraer (4), si anduvieren errados vacilando?

SOSIA.

Por la calle del Vicario gordo, á las espaldas de su casa.

ELICIA.

(Tiénete, don andrajoso, no nos es mas menester. Mal-

- (1) Al cojo.
(2) Los acuse.
(3) A mí á.
(4) Contradecir.

ACTO DECIMOCTAVO.

ARGUMENTO.

Elicia determina (1) hacer las amistades entre Areusa y Centurio por precepto de Areusa. Vanse á casa de Centurio, donde ellas le ruegan que haya de vengar las muertes en Calisto y Melibeia, el cual lo prometió delante dellas. Y como sea natural á estos no hacer lo que prometen, escúsase como en el proceso parece.

ELICIA, CENTURIO, AREUSA.

ELICIA.

¿Quién está en casa (2)?

CENTURIO.

Muchacho, corre, verás quién osa entrar sin llamar á la puerta. Torna (3) acá, que ya es visto quién es. No te cubras con el manto, señora: ya no te puedes esconder, que cuando vi adelante entrar á Elicia, vi que no podia traer consigo mala compañía, ni nuevas que me pesasen, sino que me habian de dar placer.

AREUSA.

No entremos, por mi vida, mas adentro, que se estiende ya el bellaco pensando que le vengo á rogar: (4) mas holgara con la vista de otras como él, que no con la nuestra. Volvamos (5), por Dios, que me fino en ver tan mal gesto. ¡Parécete, hermana, que me traes por buenas

- (1) De.
(2) Su casa.
(3) Torna, torna acá.
(4) Que mas holgara.
(5) Volvamos, volvamos.

estaciones, y que es cosa justa venir de visperas, y entrarnos á ver un desuella-caras que ahí está?

AREUSA.

Hermano Sosia, esto hablado, basta para que tome cargo de saber tu inocencia, y la maldad de tus adversarios. Vete con Dios, que estoy ocupada en otro negocio, y me he detenido mucho contigo.

ELICIA.

(¡Oh sabia mujer, oh despidiente propio, cual le merece el asno que ha vaciado su secreto tan de lijero!)

SOSIA.

Graciosa y suave señora, perdóname si te he enojado con mi tardanza: mientras holgares con mi servicio, jamás hallarás quien tan de grado aventure (1) su vida, y queden los ángeles contigo.

AREUSA.

Dios te guie. Allá irás, acemilero; muy ufano vas por tu vida; pues toma para tu ojo, bellaco, y perdona que te la doy de espaldas. ¿A quién digo? Hermana, sal acá, ¿qué te parece cuál le envío? Así sé yo tratar los tales; así salen de mis manos los asnos, apaleados como este, y los locos corridos, y los discretos espantados, y los devotos alterados, y los castos encendidos. Pues, prima, aprende; que otra arte es esta que la de Celestina, aunque ella me tenia por boba, porque me queria yo serlo. Y pues ya tenemos deste hecho sabido cuanto deseábamos, debemos ir á casa de aquel otro cara de ahorcado, que el jueves delante de tí baldonado de mi casa salió, y haz tú como que nos quieres hacer amigos, y que me rogaste que fuese á verlo.

(1) En él.

estaciones, y que es cosa justa venir de visperas, y entrarnos á ver un desuella-caras que ahí está?

ELICIA.

Torna por mi amor, no te vayas; si no, en mis manos dejarás el medio manto.

CENTURIO.

Tenla, por Dios, señora, tenla no se te suelte.

ELICIA.

Maravillada estoy, prima, de tu (1) seso. ¿Cuál hombre hay tan loco y fuera de razon, que no huelgue de ser visitado, mayormente de mujeres? Llégate acá, señor Centurio, que en cargo de mi ánima por fuerza haga que te abrace, que yo pagaré la fruta.

AREUSA.

Mejor (2) lo vea yo en poder de justicia, y morir á manos de sus enemigos, que yo tal gozo (3) le dé. Ya, ya: hecho ha conmigo para cuanto viva. ¿Y por cuál carga de agua le tengo de abrazar, ni ver á ese enemigo? ¿Por qué le rogué estotro dia que fuese una jornada de aquí, en que me iba la vida, y me dijo de no?

- (1) Buen.
(2) Si, mejor.
(3) Que tal gozo.

CENTURIO.

Mándame tú, señora, cosa que yo sepa hacer, cosa que sea de mi oficio; un desafio con tres juntos, y si mas viniere, que no huya por tu amor: matar un hombre, cortar una pierna ó un brazo, arpar el gesto de alguna que se haya igualado contigo; estas tales cosas antes serán hechas que encomendadas. No me pidas que ande camino, ni que te dé dinero; que bien sabes que no dura conmigo, que tres saltos daré sin que se me caiga blanca. Ninguno da lo que no tiene; en una casa vivo, cual ves, que rodará el majadero por toda ella sin que tropiece. Las alhajas que tengo es el ajuar de la frontera, un jarro desbocado, un asador sin punta; la cama en que me echo está armada sobre aros de broqueles, un rimer de malla rota por colchones, una talega de dados (1) por almohada, que aunque quiera dar colacion, no tengo que empeñar, sino esta capa arpada que traigo acuestas.

ELICIA.

Así me goce (2), que sus razones me contentan á maravilla: como un santo te está obediente, como un ángel te habla, á toda razon se allega, ¿qué mas le pides? Por mi vida que le hables, y pierdas enojo, pues tan de grado se te ofresce con su persona.

CENTURIO.

¿Ofrescer dices, señora? Yo te juro por el santo martillo de pe-á-pá (el brazo me tiembla de lo que por ella entiendo hacer), que contino pienso cómo la tenga cuenta, y jamás acierto. La noche pasada soñaba que hacia armas en un desafio por su servicio con cuatro hombres que ella bien conoce, y maté al uno, y de los otros que huyeron, el que mas sano se libró (3) me dejó á los piés un brazo izquierdo. Pues muy mejor lo haré despierto de dia, cuando alguno tocara en su chapin.

AREUSA.

Pues aquí te tengo, á tiempo somos; yo te perdono con condicion que me vengues de un caballero que se llama Calisto, que nos ha enojado á mí y á mi prima.

CENTURIO.

¡Oh! reniego de la condicion: dime luego si está confesado.

AREUSA.

No seas tú cura de su ánima.

CENTURIO.

Pues sea así: enviémosle á comer al infierno sin confesion.

AREUSA.

Escucha, no atajes mi razon: esta noche le tomarás.

CENTURIO.

No me digas mas: al cabo estoy; todo el negocio de sus amores sé, los que por su causa hay muertos, y lo que os tocaba á vosotras; por dónde va, y á qué hora, y con quién es. Pero dime, ¿cuántos son los que le acompañan?

AREUSA.

Dos mozos.

CENTURIO.

Pequeña presa es esa; poco cebo tiene ahí mi espada. Mejor cebara ella en otra parte esta noche, que estaba concertado.

AREUSA.

Por escusarte lo haces: á otro perro con ese hueso; no es para mí esa dilacion: aquí quiero ver si decir y hacer comen juntos á tu mesa.

CENTURIO.

Si mi espada dijese lo que hace, tiempo le faltaria para hablar. ¿Quién sino esta (4) puebla los mas cimiterios? quién hace ricos los cirujanos (5) desta tierra?

- (1) De gujarros.
(2) Así goce.
(3) Liberó, Plantino.
(4) Ella.
(5) Zurujanos.

quién da de contino que hacer á los armeros? quién destroza la malla muy fina? quién hace riza de los broqueles de Barcelona? quién rebana los capacetes de Calatayud, sino ella, que los casquetes de Almazán (1) así los corta, como si fuesen hechos de melon? Veinte años ha que me da de comer; por ella soy temido de hombres y querido de mujeres, sino de tí; por ella le dieron Centurio por nombre á mi abuelo, y Centurio se llamó mi padre, y Centurio me llamo yo.

ELICIA.

Pues ¿qué hizo la espada por que ganó tu abuelo ese nombre? Dime, ¿por ventura fué por ella capitán de cien hombres?

CENTURIO.

No, pero fué rufián de cien mujeres.

AREUSA.

No curemos de linaje ni hazañas viejas: si has de hacer lo que te digo, sin dilacion determina (2), porque nos queremos ir.

CENTURIO.

Mas deseo ya la noche por tenerte contenta, que tú por verte vengada. Y porque mas se haga todo á tu voluntad, escoge qué muerte quieres que le dé: allí te mostraré (3) un repertorio en que hay setecientas y setenta (4) especies de muertes: verás cuál mas te agradare.

ELICIA.

Areusa, por mi amor, que no se ponga este hecho en manos de tan fiero hombre; mas vale que se quede por hacer, que no escandalice (5) la ciudad, por donde nos venga mas daño de lo pasado.

AREUSA.

Calla, hermana, díganos alguna que no sea de mucho bullicio.

CENTURIO.

Las que agora estos dias yo uso y mas traigo entre manos, son espaldarazos sin sangre; ó porradas de pomo de espada, ó revés mañoso: á otros agujero (6) como arnero á puñaladas, tajo largo, estocada temerosa, tiro mortal. Algun dia doy palos por dejar holgar mi espada.

ELICIA.

No pase, por Dios, mas adelante: déle palos, porque quede castigado y no muerto.

CENTURIO.

Juro por el cuerpo santo de la letanía, no es mas en mi brazo derecho dar palos sin matar, que en el sol dejar de dar sus acostumbradas vueltas (7) al cielo.

AREUSA.

Hermana, no seamos nosotras lastimeras; haga lo que quisiere; mátele (8) como se le antojare. Llore Melibeia como tú has hecho: dejémosle. Centurio, da buena cuenta de lo encomendado; de cualquier manera holgaremos: mira que no se escape sin alguna paga de su yerro.

CENTURIO.

Perdónele Dios, si por piés no se me va. Muy alegre quedo, señora mia, que se ha ofrescido caso, aunque pequeño, en que conozcas lo que yo sé hacer por tu amor.

AREUSA.

Pues Dios te dé buena manderecha, y á él te encomiendo, que nos vamos.

CENTURIO.

El te guie, y te dé mas paciencia con los tuyos. Allá irán estas putas atestadas de razones. Agora quiero pensar cómo me escusaré de lo prometido; de manera que piensen que puse diligencia con ánimo de ejecutar lo di-

- (1) Almazán.
(2) Determinate.
(3) Muestraré.
(4) Sesenta.
(5) Escandalizar.
(6) Agujero.
(7) Vueltas al cielo.
(8) Dale, mátele.